
Homenaje

Recordación del 250 aniversario del natalicio de Juan Jacobo Rousseau *

NICOLÁS MARINKEV

HACE 250 años, el 28 de junio de 1712, nació Juan Jacobo Rousseau. También este año se cumple el bicentenario de dos de sus obras más famosas: *El Contrato Social*, de vasta repercusión en el mundo de las ideas políticas; y *Emilio o sobre la Educación*, de fundamental importancia para la pedagogía moderna. Tantas circunstancias propicias, invitan a evocar su vida y su obra, a examinar su proyección universal y perenne.

Hoy celebramos el nacimiento de Rousseau como un fausto acontecimiento. Sin embargo... ¡con cuánto dolor inició su existencia! ¿Acaso hay dolor más grande que el dolor del más pequeño, del niño que al nacer pierde para siempre a su madre llevada por la muerte inexorable? Porque lo cierto es que Susana

Bernard generosamente pagaba con su vida la de su hijo, que a su vez a duras penas lograba, enfermizo, sobrevivir. Como si ello fuera poco, años después, todavía en plena infancia —tenía diez años— perdía a su padre, Isaac Rousseau —un hombre bastante raro y tal vez excéntrico— que se decidía precipitadamente a expatriarse antes de cumplir una condena que consideraba injusta.

De esta manera, sin la ternura materna y sin la guía paterna, queda solo este huérfano en su Ginebra natal. Condición hartamente suficiente por lo general, para todos los extravíos y para todas las indulgencias. Únicamente el paisaje maravilloso del lugar, duplicado en su lago continuamente recordado, trae sosiego a su espíritu y despierta en él, para siempre, su amor acendrado por la naturaleza.

* El profesor Nicolás Marinkev, graduado en filosofía en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, fue invitado a participar en el V Ciclo Internacional organizado por la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Central del Ecuador, ocupando la cátedra de Filosofía de la Ciencia. Y con motivo del homenaje rendido por dicha casa de estudios a Juan Jacobo Rousseau, se le confió al profesor Marinkev el discurso central en el acto celebrado en el Salón Mayor de la mencionada Facultad el 17 de agosto de 1962. El profesor Marinkev ha sido docente de metodología de la ciencia en la Facultad de Ciencias Naturales de Salta (dependiente de la Universidad de Tucumán) y lo es en la actualidad en el ramo de filosofía en el Instituto Nacional del Profesorado "Abraham Lincoln". Asimismo, es becario de la Universidad Nacional de La Plata para realizar, como graduado, estudios sobre introducción metodológica a la filosofía.

HOMENAJE

Menos mal que el pequeño Rousseau, por mediación de unos tíos, puede continuar por algún tiempo sus estudios elementales, en un pensionado a cargo del pastor protestante M. Lambercier instalado en las afueras de la ciudad. A propósito, digamos que él, lo mismo que todos los niños de entonces, conoce los latigazos que el maestro propina como recurso pedagógico habitual siguiendo una práctica multiseccular. Y algo más; Ginebra —es cierto— le había hecho ver, frente a las pretensiones del Duque de Saboya, lo que es el espíritu ciudadano que se levanta inquieto en defensa de su independencia; pero —también es verdad— esa misma Ginebra le mostraba las arbitrariedades de la desigualdad social ya en la infancia, entre los niños del “alto” y los niños del “bajo”.

Apenas tiene doce años cuando Juan Jacobo debe enfrentar la manera de ganarse el sustento diario, el amargo sustento diario. Inicialmente es en el estudio de un escribano ginebrino, llamado Masseron; pero no es por mucho tiempo, ya que éste lo despide convencido —tal vez con razón— que el notariado no era la carrera apropiada para su dependiente; y agregando —claro está que injustamente— que era un imbécil. Tal su primera experiencia para ubicarse en la vida laboral.

El pobrecillo —descorazonado— fue a parar en un taller de grabados. No imaginemos, por amplitud del vocablo, ningún trabajo de artista; sencillamente se trataba de la vulgar tarea de grabar los números sobre las tapas de los relojes. Para colmo, Ducommun —su dueño— era un mal hombre y peor patrón, según las referencias que nos ha dado; ser aprendiz y ser esclavo era prácticamente lo mismo; el castigo corporal abrumaba, no sólo en ese taller, sino que en todos; y durante la comida, por lo menos en éste, llegado el momento de los postres

se hacía retirar a los pequeños comensales. Fue un período de verdadero embrutecimiento: la lectura de las “Vidas Paralelas” de Plutarco, del Amadís de Gaula y de la famosa y olvidada “Astrea” que realizaba junto a su padre, fue sustituida por la de libros chabacanos que una vendedora inescrupulosa se encargaba de proveer; el postre reiteradamente vedado incitaba al robo; y tras el robo venía la mentira.

¿Cuánto tiempo podía durar esta vida? Ciertamente que para un espíritu inquieto como el de Rousseau no podía serlo indefinidamente.

Una circunstancia —accidental en sus compañeros, decisiva en él— le daría término. Él y ellos, después de pasear por la campiña —tan gustada— se encontraron con que las puertas de la ciudad estaban ya cerradas, infranqueablemente cerradas. ¿Se habían retrasado más de la cuenta o el capitán Minutoli, de la guardia, se había adelantado a la hora establecida? ¡Absurda discusión en el país de los relojes! En definitiva, fue un momento crucial en la vida de este niño que apenas empezaba a ser adolescente. ¿Sería el temor al castigo brutal que le esperaba al día siguiente? ¿Sería la sangre peregrina de su abuelo huyendo de la persecución religiosa, de su padre escapando a la injusticia y ahora suya agolpándose en su pecho? ¿Sería la indignación ante la arbitrariedad de la ciudad que así, como todo un símbolo, cerraba el paso a esa generación doliente? Sea como fuere, vuelve las espaldas a la ciudad natal y, cargada su maleta de congojas e ilusiones, convertido en pequeño vagabundo de los largos caminos, primero sin hogar y ahora sin patria, se lanza en procura del mundo ¿Quién, quién hubiera imaginado entonces que ese rapazuelo, a pesar de todo, se encaminaba hacia la gloria?

Pero el camino de la gloria es difícil, hartamente difícil. ¡Tantos son los escollos! Sobre todo en la aventura; más, si ella es desventura. Primero, es en los alrededores de Ginebra; luego, más lejos; hasta cruzar las fronteras, finalmente. En el deambular conoce a unos sacerdotes católicos; abandona la religión protestante que se le impusiera durante su inconsciencia infantil y acepta esta otra, de sus ocasionales protectores, forzado sin duda por las circunstancias. Hasta que un cura de Saboya, llamado Pontverre, lo recomienda a una cierta señora, Luisa de la Tour, baronesa de Warens.

El adolescente —ya tiene 16 años— se presenta ante ella, en su residencia de Annecy. Es recibido cariñosamente, según nos cuenta. La baronesa le lleva no poca edad —estaba frizando los treinta— pero no tanto como para impedir que esa simpatía inicial se convirtiera con el tiempo en una relación más íntima. Según parece, lo más importante era completar y formalizar la conversación de Rousseau y es así que su protectora lo envía a los Catucúmenos de Turín.

Pero la misericordia divina, a pesar del cambio, sigue impasible con esta criatura humana. Su vida no deja de ser obscura: sea palafrenero de la condesa de Vercelli, sea lacayo del conde de Gönnon. Vuelve a Annecy, recurre nuevamente a la baronesa de Warens y otra vez logra su favor. Ensayo varias carreras; estudia y enseña música; entra y sale del seminario; busca y abandona empleos; al parecer, todo es vano. No se conforma, le resulta imposible contentarse en un lugar, su inquietud lo impulsa a recorrer ciudades buscando sin saber qué: Friburgo, Lausana, Neufchâtel, Berna, Soleura, etc. Vuelve junto a su protectora, esta vez en Chambéry, en 1732. Ahora sí, por bastante tiempo, por varios años.

¿Qué lo llama al sosiego? ¿El cansancio del andariego, la necesidad de cariño, la enfermedad que mina su organismo? La verdad es que en Chambéry, sobre todo en sus afueras, entre la hermosura y la tranquilidad de las Charmettes, pasa Rousseau uno de sus períodos más fecundos. Se exalta su inspiración bucólica; crea, especialmente música tratando de innovar su notación; estudia, sobre todo filosofía; medita, así en lontananza, acerca de sus juveniles e intensas experiencias; germinan, ya, algunas de sus ideas sociales y pedagógicas. Esto duró varios años, muchos para Rousseau. Hasta que París, el París de las luces, lo alcanza con sus destellos.

Tras una experiencia previa de preceptor en Lyon, en casa del filósofo e historiador Gabriel B. de Mably, lo vemos en París, en 1741. Llega, quizás, seguro de su éxito; pero en los años que siguen lo vemos de fracaso en fracaso. El sistema musical que propone no prospera; sus óperas no se representan; debe copiar partituras ajenas o dar lecciones a principiantes para subsistir. Las letras, por su parte, poco le rinden; sea como articulista de la "Enciclopedia" o de alguna otra publicación, sea como secretario circunstancial de algún salón literario como el de la señora Dupin. Trata, cierta vez, de huir de este París azaroso, que así ensombrece su carácter, y acompaña como secretario al conde de Montaigu, a la sazón embajador en Venecia. Pero fue algo fugaz: apenas un vuelo de golondrina.

A su regreso —aunque tal vez antes según otros historiadores— es cuando conoce, en una humilde posada cercana a la Sorbona, a Teresa Lévasseur, carente en absoluto de toda cultura, en quien creyó ver un corazón sin las contaminaciones de la sociedad, de esa sociedad que tan poco lo comprendía. Empezó siendo su sirvienta, llegó a ser su compañera, es-

HOMENAJE

posa después. Es algo que la razón no comprende; claro —como decía Pascal— que el corazón tiene sus razones, razones que no comprende la razón; y Rousseau era sobre todo corazón. Pero lo cierto es que ella, impulsada tal vez por su complejo de inferioridad, contribuyó a enturbiar aún más las relaciones de Rousseau. Lo lamentable del caso culmina cuando entrega cinco hijos suyos al orfanato de París. ¿Por culpa de la miseria? ¿Por algún oscuro proceso que desde lo más profundo afloraba en esta alma que no conoció el cariño maternal y conoció el abandono paternal? ¿Por temor a un futuro incierto, como todo su pasado? Menos mal que la censura nos viene del propio Rousseau, cuando años después, torturado por el remordimiento, nos expresa: “Yo predigo, al que tiene entrañas y abandona deberes tan sagrados, que durante mucho tiempo verterá lágrimas amargas por su falta, y que jamás, jamás será consolado”.

Aparentemente, nada podía esperarse de esta existencia así zarandeada por los golpes de la vida. Ahí lo vemos, en París, en la mitad del siglo XVIII, perdido entre tantos. Por una de sus calles, se dirige hacia el castillo de Vincennes, donde en una de sus celdas se halla preso Diderot por algún delito —valga la expresión— de imprenta. Mientras tanto, hojea el “*Mercure de France*”; su mirada, ávidamente, se detiene en la noticia del concurso organizado por la Academia de Dijón en torno a la siguiente cuestión: “¿El progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper o purificar nuestras costumbres?”

Su respuesta se le anticipa luminosa. ¿Cómo ha de juzgar a la cultura de una sociedad que lo ha estado maltratando desde la más tierna infancia? Lo que ha de afirmar, después de todo, es lo que ha experimentado en carne propia. El porvenir del hombre, afirmará, está en

volver a la naturaleza, a su querida naturaleza. Y con entusiasmo, en ese momento decisivo de su vida, se pone a escribir el *Discurso sobre las ciencias y las artes* que lo llevaría repentinamente a la celebridad. Claro está que, en rigor, resulta, no un alegato contra la cultura en sí, sino que contra su envilecimiento social. En efecto, critica a la ilustración, pero a esa “Ilustración” que está confinada en los salones para servir de barniz brillante pero superficial; clama contra el siglo de las luces, pero más bien a las circunstancias de que unos pocos están cerca de ellas, ennegueciéndose, y los más, muy lejos, quedan en las sombras; si ataca a la convivencia social es porque la ve impuesta desde arriba por los poderosos en vez de que surja espontáneamente desde el pueblo; y si desdeña a muchos hombres cultos es porque prefieren la cortesía de los que aparentan ser, antes que el coraje de los que siguen el impulso de su genio.

Escribe con la elocuencia de la convicción. Ahí está, a pesar de que muchas de sus ideas carezcan de fundamento, la razón de su éxito. Por eso obtiene el premio académico; y por eso, también, el entusiasmo de los lectores, tanto, que Diderot —encargado de la edición del “*Discurso*”— le informa días después: “Tiene una aceptación extraordinaria, jamás se ha visto un éxito semejante”.

Después publica *El adivino de la aldea*, ópera sencilla que logra el favor del público. Hace representar una pieza teatral, *Narciso*, aunque sin tanto éxito. Pero lo importante es que en 1753 da a conocer su *Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres*. Lo hace con plena confianza en sí mismo. Continúa al primer *Discurso*, pero es más meduloso. Se halla destinado a un nuevo concurso de la Academia de Dijón, que no se decide, empero, a adjudicarle el premio. Posible-

mente por temor a nuevas polémicas; sin duda alguna, porque el autor iba aún más lejos. Se optó, en esta oportunidad, por la intrascendente obra del olvidado abate de Tolbert. Pero era este nuevo trabajo de Rousseau el que volvía a entusiasmar a unos como la expresión más cabal de la rebelión humana o a provocar la airada reacción de otros hasta el punto de ser calificada como contraria al género humano.

Y bien, ¿cuál es el origen de la desigualdad, atentatoria por ende de los derechos y la sociabilidad? Hay que buscarlo —nos explica Rousseau— en el abandono del hombre de su estado de naturaleza. Por ello entiende —son sus palabras— “el reconocimiento de la propiedad personal y la sumisión a un poder central”. Y en esencia nos explica: La sociedad, con sus crímenes, guerras y miserias se inició cuando el primer pilla con la tolerancia de los demás cercó como suyo un pedazo de tierra, que no es de nadie y cuyos frutos son de todos; por su parte la propiedad provoca, inevitablemente, la existencia de ricos y pobres; los primeros, a través del gobierno que crean, aseguran sus privilegios y encadenan en la esclavitud al pueblo laborioso. Como se ve, Rousseau se convierte en el más radical de los teóricos de la Revolución Francesa y, trascendiéndola, en un verdadero precursor del socialismo aunque luego olvide algunas de estas afirmaciones suyas.

Como dice Rodolfo Mondolfo, el *Discurso sobre la Desigualdad* es la introducción necesaria al *Contrato Social* y al *Emilio*. Pero tendrían que transcurrir nueve años. Mientras tanto su situación mejora, incluso visita su ciudad natal, que le restituye sus derechos y nuevamente se considera ciudadano suyo. Sin embargo, llegar a ser un escritor importante también tiene sus complicaciones —sobre todo por esa pérdida de soledad

tan necesaria a la creación— por culpa de la solicitud creciente de las relaciones sociales. Es así que, a pesar de las bur-las, encantado acepta, en 1756, el ofrecimiento de una admiradora suya —Luisa Tardieu, señora de Épinay— de residir en su casa-quinta de la Ermita, rincón campestre situado en un extremo del bosque, en las afueras de Montmorency y cercano a su palacio de la Chevrette. Un año y ocho meses duró esa tranquilidad. Las intrigas de su Teresa —por una parte— y las de Federico Grim, amigo de Luisa —por otra— lo deciden a trasladarse a Mont-Louis, pero siempre en las proximidades de Montmorency, en el otro extremo del bosque. Es en este refugio, en medio de la naturaleza y lejos de la sociedad, donde escribe sus citadas obras. Preceden —hay que recordarlos— su *Proyecto de paz perpetua*, su carta tan comentada a D'Alembert *Sobre los espectáculos* y la *Nueva Eloísa*, el libro que entusiasmará a tantas mujeres.

Y, ahora sí, llegamos a los libros bicentenarios. El hombre nació libre y sin embargo está encadenado: esa es la realidad que comprueba. Una nueva sociedad, pues, hace falta. Es la convicción de Rousseau expresada en “El Contrato Social”. Pero... ¿Cómo edificarla? He aquí la cuestión que se plantea el autor: hallar una forma de sociedad tal, que sea capaz de proteger con la fuerza común a cada uno de sus miembros. Para ello parte Rousseau del hombre en sí, en estado de naturaleza, con sus derechos innatos e inalienables, con libertad de vivir su propia vida que no es de nadie sino suya. Tal vez no sea verdad histórica, quizás sea utópico. Pero la historia pertenece al pasado, la utopía al porvenir ¡Y es eso lo que interesa: lo que ha de venir! Esa es la premisa de Rousseau. Por eso la sociedad ha de ser el resultado de la libre determinación de sus volun-

HOMENAJE

tades individuales aunadas en una común. La soberanía, pues, reside en el pueblo; por eso, porque es soberano, frente a la ley, al Estado, al absolutismo, tiene en sus manos el derecho a la revolución. Y la revolución se avecinaba.

También en 1762, aparece su mejor y más estimable obra —según él mismo dice—: “Emilio o de la educación”. Como se sabe, es la historia novelada de un niño imaginario que recibe la educación ideal, al entender de Rousseau. Cosa curiosa: Rousseau no fue un maestro en el sentido común de la palabra y sin embargo le dedicó preferente atención al aspecto pedagógico hasta convertirse en un maestro de maestros. Sin duda consideraba que la reforma educacional era un medio que contribuiría decisivamente a la reforma social que propiciaba. Y, claro está, este hombre que vio y disfrutó la belleza de la naturaleza, que vio y sufrió la fealdad de la sociedad, se propone acercar al niño en la amplitud natural y apartarlo de la coerción social. Que el educando desarrolle sin trabas su personalidad: ese es su ideal. La condición natural y la vocación general, dice, son la de ser hombre: por eso se propone como meta el hombre, antes que el magistrado, el soldado o el sacerdote. Recuerda que el niño y el adolescente tienen sus modos vivenciales propios, distintos a los de sus mayores: acierto psicológico suyo. E insiste en que sea el alumno el que se forme a sí mismo: he aquí, ya, la escuela activa. ¡Éstas eran las ideas pedagógicas de Rousseau hace doscientos años!

¿Recuerdan cómo apareció este libro? Pues nada menos que con los auspicios del Mariscal de Luxemburgo y Señora y de Cristián Malesherbes, Jefe de la censura. Coincidencias de vecindad: también en Montmorency, a orillas del lago Lemán, tenía su castillo el Mariscal; éste llegó a simpatizar de su renom-

brado vecino; su esposa, al enterarse de los manuscritos del “Emilio”, quiso ocuparse ella misma de la edición; y Malesherbes, amigo de la casa, subsanó todas las dificultades burocráticas. Tal vez por eso, demasiado confiado, no tuvo Rousseau la precaución de omitir su nombre en la obra, como era habitual entonces entre los libre-pensadores —según cuenta Voltaire a Helvecio— para eludir las posibles acusaciones oficiales y sus consecuencias. Rousseau, seguramente, no se las imaginaba; pero las comprobó prontamente. Sus publicaciones, sobre todo el *Emilio*, provocan efervescencia. La irritación culmina en el Arzobispo de París por el capítulo, especialmente dedicado a la “Profesión de fe de un vicario saboyano”, donde se habla de Dios, no de ateísmo, pero al margen de todo dogmatismo. Condena el libro; otro tanto hacen la Sorbona y el Parlamento; y el libro es quemado públicamente por el verdugo. ¡Pero las ideas, aunque parezcan cenizas, igual se esparcen por el mundo al soplo de la rosa de los vientos!

Rousseau, por su parte, repentinamente se ve arrojado a los azares de la vida. Otrora era la ciudad de su nacimiento la que no lo dejaba entrar; ahora era la ciudad de su consagración la que lo quería atrapar para encerrarlo en una cárcel y no dejarlo salir. De nuevo, pero ya cincuentenario, emprende el peregrinaje; esta vez por la senda de los perseguidos; con las congojas de siempre, pero con las ilusiones trocadas en triunfos, a pesar de todo.

Largo y doloroso sería seguir a Rousseau en su búsqueda sucesiva de asilo. ¿A dónde ir? Primeramente piensa en Ginebra, que lo había recibido cordialmente en su última visita e incluso restituido sus derechos ciudadanos; pero la influencia francesa, el rencor aristocrático y el recelo calvinista se confabulan en un anatema. Sigue a Berna, pero las

HOMENAJE

autoridades también lo expulsan. En Neuchâtel —actual cantón suizo, entonces condado prusiano— encuentra cierta tranquilidad; en Moutier, pequeña aldea del valle, trata de olvidar con la tolerancia oficial; pero sus enemigos lo recuerdan y buscan la forma de que la gente del lugar lo molestara siempre más; hasta que la situación se le hace insostenible y tiene que escapar. Se le ocurre refugiarse en una isla —la de San Pedro— ubicada en medio de un lago —el Biemme o Biel—; pero también de ahí, esta vez por decisión del gobierno, debe salir. Se va a Berlín, en procura de un protector suyo que conociera en Neuchâtel. Pasa a Estrasburgo durante algún tiempo. Le conceden luego un permiso de tránsito en París. Deja el continente y llega a las Islas Británicas, a fines de 1765 o principios del 66.

David Hume lo había invitado para que pasara allí una existencia tranquila; incluso le había conseguido el favor del gobierno; por fin parecía sonreírle la vida tras interminables años de peregrinaje. Pero ¿cuánto tiempo pueden convivir dos grandes y en particular el revolucionario Rousseau y el conservador Hume? La historia nos contesta que ni siquiera un año. Se enemistaron. Tal vez influyera el carácter del huésped, siempre difícil, pero ahora más que nunca. Es que está ocurriendo algo que nos estremece: concluye la persecución pero aflora la manía persecutoria. Congénita o no su inestabilidad psíquica, lo cierto que la sociedad había contribuido a acentuarla. Ya lo tenemos con raptos de enajenación mental. ¿Genio y locura? En tal caso, sería uno de los primeros en una galería patética de fulgores y tinieblas: Roberto Schumann, de la música; Vicente Van Gogh, de la pintura; Guy de Maupassant, de las letras...

Apenas ha habido una pausa. Rousseau —aún más sombrío— reinicia la

marcha. Primero por Inglaterra, en Wotton y Dover, entre otros lugares. Después, usando a veces nombres supuestos, por Francia: Calais, Amiens, Fleury, Trye, Bourgoin... Así durante cinco años más. Huyendo de persecuciones reales o imaginarias. Expiando su culpa por haber escrito el *Emilio*. También este maestro, aunque no sea divino, tiene su vía crucis.

En 1770 llega a París y allí queda. El decreto de arresto subsiste; pero el tiempo transcurrido —8 años— y la opinión pública —cada vez más despierta— ponen en cierto resguardo a Rousseau. Vive como puede, entre la miseria y la enfermedad; copiando música, escribiendo también. A pesar de condiciones tan adversas, es capaz de entregarnos su *Pigmalión*, aplaudido drama lírico; sus *Ensueños de un paseante solitario*, cuyo título es elocuente de por sí; y sus *Confesiones*, que era lo último que podía dar con sinceridad despiadada su abierto corazón.

Ya casi al final de su declinante existencia, un admirador suyo —el marqués de Girardin— le ofrece su hospitalidad en Ermenonville, a unos cuarenta kilómetros de París. Parafraseando al propio Rousseau, diríamos que refugiándose en la madre común buscaba en sus brozas sustraerse a los ataques de sus hijos. Lo tenemos de nuevo en medio de su naturaleza y a un lado de la ciudad ingrata: al Pigmalión que clama a Dios vida para su obra aunque se esté muriendo; al paseante solitario con sus ensueños y también, quizás más, con sus alucinaciones; al que termina de confesar ante el mundo sus debilidades, que han de ser perdonadas por la posteridad ante la grandeza de su genio. ¿Cuánto tiempo estará en ese lugar? No mucho, apenas unos meses. Contando 66 años, una nueva peregrinación suya le espera. Parte el

HOMENAJE

2 de julio de 1778. Esta vez para siempre... ¡hacia la eternidad!

Década después, algo más, estalla Francia en la Revolución. Basta, basta ya de tantas injusticias sociales; un nuevo mundo, un mundo de libertad, igualdad y fraternidad ha de nacer. Allí está Rousseau, con su espíritu, alentándola. También presente lo tiene la ciudadanía; sus restos mortales, desde el humilde cementerio de la aldea de Ermenonville donde lo sorprendiera la muerte, son solemnemente trasladados en 1794 a la capital misma de la naciente República. Y el Panteón de París recibe a Rousseau con su célebre inscripción del frontispicio: "A los grandes hombres, la Patria reconocida".

Claro está que la influencia de Rousseau no se limita a Francia. Se extiende por doquier. El pensamiento no conoce fronteras. Como la claridad de la alborada, recorre el mundo anunciando el nuevo día. Rousseau inspira a mentalidades ilustres; en forma inmediata, como a Schiller y Herder; yendo más lejos, prepara el advenimiento de otros, de filósofos como Kant o de escritores como Tolstoi. Ocurre, también, que toda una corriente del pensamiento, como la rembrada "Sturm und drang" —tormenta y empuje— mana en alguna forma de la fuente rousseauniana, que es precisamente torbellina e impulsa. Su ideal pedagógico, cual ave Fénix que renace de sus cenizas, vuela por continentes y por siglos.

Muchos son los entusiastas lectores suyos, también en América. En el Norte, están, entre otros, B. Franklin, Jefferson, Payne, Lafayette, Lincoln. Y, precisamente, cuando Abraham Lincoln nos dice, con voz de bronce porque son palabras inmortales: "Y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparecerá de la tierra" ¿no es acaso el espíritu de Rousseau el que vibra?

Este espíritu se introduce también en América hispana, en la América colonial, a pesar de "las severas prohibiciones del despotismo inquisitorial" según palabras de Manuel Moreno, buen conocedor de la época. Manuel Quiroga en el Ecuador; Mariano Alvarez y Baquijano Carrillo en el Perú; Artigas en el Uruguay; Camilo Henríquez en Chile, Antonio Nariño en Colombia; Simón Carreño Rodríguez y Juan Bautista Picornell en Venezuela; y Castelli, Bernardo de Montegudo, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo Faustino Sarmiento y Mariano Moreno en la Argentina, son, entre otros, conspicuos hombres de América del Sud que prestan preferente atención a las ideas rousseaunianas.

De todos ellos, permítanme que me detenga en Mariano Moreno, alma de la Revolución de Mayo de 1810 en el Plata y quizás el más entusiasta divulgador del pensamiento de Rousseau en su época. Tan es así, que *El Contrato Social*, que leyera secretamente en Charcas durante el dominio colonial, lo hace luego publicar producido el movimiento emancipador. ¿Las razones? Las dice el mismo Mariano Moreno en el prólogo que escribiera expresamente para esta edición: "La revolución que restituye al pueblo sus derechos, —dice— sería de efectos pasajeros si los sublimes principios del derecho público continuaran misteriosamente reservados a diez o doce íteratos, que, sin riesgo de su vida, no han podido hacerlos salir de sus estudios privados. Si los pueblos no se ilustran, si no vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que debe, nuevas ilusiones sucederán a las antiguas y será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos sin destruir la tiranía. Rousseau, —continúa diciendo Mariano Moreno— este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo y será el asombro de todas las eda-

HOMENAJE

des, fue, quizás, el primero que, disipando las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones puso en clara luz los derechos de los pueblos, y, enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del gobierno. Los pueblos aprendieron a buscar en el pacto social la raíz y único origen de la obediencia, so reconociendo a sus jefes como emisarios de la divinidad. Todas las clases, todas las edades, todas las condiciones participaron del gran beneficio, que trajo a la tierra este libro inmortal, que ha debido producir a su autor el justo título de legislador de naciones". Con tales resonancias llegaba Rousseau a América —según lo vemos en las precedentes palabras de Mariano Moreno— para consubstanciarse con su Revolución.

Por eso rendimos hoy este homenaje a Rousseau. Al niño desamparado que se transfigura en redentor de la infancia. Al vagabundo que levanta el polvo de los caminos y termina envolviendo al mundo con su estela luminosa. Al apóstol de la libertad que sobrevive al dolor. Al proscrito convertido en legislador de naciones. Al genio que desespera por resplandecer en la tormenta.

Pero no sólo por eso. También por su actualidad, por su candente actualidad.

Porque todavía debemos tener presente su sacrificio y su prédica: aquí y en el mundo. Como aquel rapazuelo ginebrino, millones de niños siguen desamparados, según nos lo revelan las estadísticas oficiales de las Naciones Unidas. La escuela, tal como la soñara el maestro de "Emilio" para el mundo, tal como la quisiera el memorable Congreso Pedagógico de 1882 para América, tal como la defendiera Sarmiento para la Argentina, necesita constantemente nuestro apoyo.

Alberdi —con su inspiración rousseauiana— mira a la naturaleza y ve sus tierras inmensas, pero su consecuente grito: ¡Gobernar es poblar! continúa enredado en la alambrada del latifundio. Y hay gente todavía —como en un acto reciente dedicado justamente a Rousseau— que pretende por la violencia cercenar a la inteligencia; tendremos que seguir enseñando, pues, que la luz se apaga, sólo y por sí sola, con otra luz más intensa, fulgurante, luminosa.

Señoras y señores, profesores y estudiantes: por todo esto, cumplimos en ofrecer —desde esta tribuna internacional de la Universidad Central— este homenaje.

Juan Jacobo Rousseau, ciudadano de Ginebra, grande de Francia, gloria de la Humanidad: ¡Presente!